

Algunas ciudades y extrarradios inconcebibles

Fernando Zamanillo Peral

Pareciera que voy a hablarles de una guía descriptiva de ciudades del mundo, con sus planos, monumentos, rutas urbanas y todo tipo de extras y etcéteras, incluyendo sus extrarradios, para mayor complemento y mejora. Pareciera que al escribir sus nombres les voy a cantar las excelencias o resaltar las imperfecciones de algunas de ellas, como elegidas al azar, arbitraria o caprichosamente, pues nada les une, nada les relaciona entre sí, a no ser que son ciudades y tienen extrarradios, como todas las ciudades del mundo. Pudiera parecer cualquiera de estas situaciones, si nos tomáramos al pie de la letra, literalmente, la unión de escritura y pintura. Y nada es así. Nada de lo que parece es. No existe relación entre cuadro y título en esta pintura de Gruber. No existe planificación o previa intención descriptiva. Es obvio que no hay realismo. No insisto en ello. El artista ha creado ciudades, viene creando ciudades o, aún mejor, re fundando algunas ciudades, con cuyos nombres se encuentra mentalmente en el proceso de creación, durante el transcurso del pintar o al final del mismo, porque hay algo en su interior que le dice que este o aquel es el título que debe poner al cuadro. Entonces, llegados a este supuesto, también podría parecer que son dedicatorias u homenajes a esas ciudades elegidas. Y no. De nuevo lo que pudiere parecer no es. Por ejemplo, miremos el cuadro titulado *Dresde*. ¿Qué hay en él que nos induzca a pensar en la bella capital barroca de Sajonia? Nada en absoluto que se refiera al Zwinger, al Teatro de la Ópera, de Samper, a la Frauenkirche, o al mismo sobrenombre de "La Florencia del Norte" o un guiño de homenaje a sus ilustres colegas los pintores Gaspar David Friedrich o con más lógica contemporánea Gerhard Richter, hijos distinguidos de Dresde. Ni siquiera a esa ciudad en ruinas, destruida en febrero de 1945 por enormes lenguas de fuego aliado y ahora y desde entonces en permanente reconstrucción. Igualmente, miremos este otro cuadro cuyo nombre es *Vorkuta, la ciudad oscura*. Aunque si hay algo de oscuro en el cuadro, nos preguntaremos acto seguido qué ciudad es esa y dónde está y por qué razón el artista ha elegido precisamente ese lugar tan desconocido. No es mi labor contar aquí y ahora nada de esa localidad siberiana, al norte de los Urales, cercana al Círculo Polar, ciudad minera y Gulag, fundada por Stalin en 1932. Es normal tener en la mente a Dresde, Ámsterdam, Belfast, Madrid, incluso a Kuala Lumpur, pero, ¿a Vorkuta? Quizá exista una razón muy concreta que tan solo nos la puede desvelar el pintor. Yo la sé, y lo único que puedo decirles al respecto es que además de pintar escribe. Y curiosamente *Vorkuta...* es un bello cuadro, pleno de atmósfera, de planos contrastados y registros geométricos sobre densos fondos de perspectiva aérea, cuya aprehensión visual para nada nos desvela la persistente oscuridad de la ciudad o la opresión de su situación geográfica, ni su también opresiva configuración urbana soviética, ni su fealdad desmañada. Y así seguiría con los demás nombres, ejemplificando sobre el ser y el parecer o sus contrarios, las negaciones, con Belfast, KL, y los anteriores Bilbao, Madrid y Ámsterdam. Y de esa manera yo seguiría enrollándome hasta el absurdo, rizando el rizo hasta ser ridículo y no sólo parecerlo.

Me pregunto, nos preguntamos, pues, cuál es la relación entre estos cuadros y los nombres que les titulan, qué tienen en común. Yo ciertamente veo remembranzas, es decir, evocaciones o alusiones a sus comunes y genéricas linealidades horizontales y verticales, incluso a materiales como el ladrillo, a oquedades e intersticios, a escaleras y paredes, conformando el aspecto más externo o epitelial de los cuadros, a modo de trama que trasluce el segundo plano más atmosférico, menos gráfico, más pictórico, como si de una celosía se tratara. Mas nunca hay nada que retrate a esta o aquella ciudad, ni siquiera por alusión a alguna de sus peculiaridades. Este podría haber sido el caso de KL, de atender a la inmensa verticalidad de sus Torres Petronas, pero ni siquiera en este ejemplo el cuadro tiene un formato vertical.

Estas *ciudades y extrarradios* pertenecen al ámbito de la abstracción pictórica, desde una actitud estética no objetiva, pese a los referentes genéricos antes aludidos, gráficos y pictóricos, que, al vincularse además a nombres concretos de ciudades, nos llevan a pensar en ellas, suscitando el equívoco, el engaño y la paradoja, por la ausencia de distintivos o emblemas particulares. Una postura ambigua e irónica muy

propia de Eduardo Gruber, que se vincula de forma muy peculiar al abstraccionismo geométrico, muy alejado ya de anteriores posturas pictóricas más expresionistas y románticas. Lo abstracto es lo cotidiano urbano, la dinámica racionalista y la estructura reticular de las ciudades, resolviéndolos en dos planos, uno el del fondo, que da la atmósfera, produce la perspectiva aérea, aportando una suerte de luminosidad en contrapunto con el plano externo lleno de registros gráficos, de fragmentos de color plano y de bandas de líneas negras y blancas que se superponen o separan a aquellos, así como de entramados de todo tipo.

Pareciera, en fin, que Eduardo Gruber se haya propuesto crear una geografía urbana irreal y visionaria desde que intitulara en el año 2001 aquel enorme cuadro que expuso solitario en la Galería Aele, de Madrid, como *Eutropia, la ciudad invisible*. Ciudad imposible, quimera, inalcanzable e ilusoria, utopía, compendio de todas las ciudades, índice, inventario o guía. Lo pareciera, pero tampoco es, insisto, aunque en esa denominación haya encerrada una intencionalidad humanística, un homenaje al escritor, y en los posteriores cuadros alusiones posibles a ciudades reales. Mas todo es inventado e ilusorio. Lo que es y lo que no es. Lo que cambia y lo que permanece. Orden y caos. Éxito y fracaso del hombre. Todo, menos las bellas pinturas laberínticas que sostienen esos nombres.

www.eduardogruber.com